

José Miguel Pero-Sanz

Aguardando el Cielo

En torno a la esperanza



Cuadernos Palabra

Aguardando el Cielo

En torno a la esperanza

Ediciones Palabra
Madrid

Colección: Cuadernos Palabra

© José Miguel Pero-Sanz, 2013

© Ediciones Palabra, S.A., 2013

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)

Tel. : (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

epalsa@palabra.es

Diseño de cubierta: Raúl Ostos

Fotografía de portada: © Istockphoto

ISBN: 978-84-9840-932-1

Depósito Legal: M. 25.773-2013

Impresión: Gráficas Anzos, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

José Miguel Pero-Sanz

Aguardando el Cielo

En torno a la esperanza

Cuadernos Palabra

Capítulo I EL AMOR DEL CAMINANTE

En el capítulo 16 de su Evangelio cuenta san Marcos cómo, después de la muerte de Cristo, *«pasado el sábado, María Magdalena y María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a ungrle»* (v. 1). Las santas mujeres no debían de haber quedado satisfechas con la unción del Señor, efectuada de prisa y corriendo por José de Arimatea y Nicodemo en la tarde del viernes. Aunque las cien libras de mirra y áloe que aportara Nicodemo eran más que suficientes, el embalsamamiento había sido forzosamente apresurado: la puesta del sol señalaba el comienzo del sábado y el cese, por tanto, de cualquier trabajo, incluido el aderezamiento y entierro de cadáveres. Por tratarse de la Pascua, el precepto del reposo sabático urgía con especial gravedad.

Cuando, en realidad, las mujeres compraron sus aromas fue, según precisa San Lucas, al regresar del sepelio, el viernes mismo, antes de caer el día. En todo caso, *«durante el sábado se estuvieron quietas»* (Lc 23, 56) y aguardaron a las luces del amanecer siguiente para realizar su propósito de completar la un-

ción: *«muy de madrugada, el primer día después del sábado, en cuanto salió el sol, vinieron al monumento»* (Mc 16, 2).

Resulta conmovedor verlas caminar hacia el sepulcro; sobre todo, siendo –como eran– conscientes de los obstáculos con que toparían para llevar a cabo su piadosa tarea. No se trataba de dificultades imaginarias, sino tan reales y tangibles como el enorme pedrusco que taponaba el ingreso a la cámara fúnebre. De hecho, *«se decían entre sí: ¿quién nos removerá la piedra de la entrada del monumento?»* (Mc 16, 3). Como señala el mismo Evangelio, la piedra *«era muy grande»*.

Las dos Marías y Salomé habían visto el esfuerzo de varios hombres para rodar el bloque calizo hasta hacerlo caer dentro de una hendidura del suelo y encajar en la boca de la cueva. ¡Cuánto más trabajoso habría de ser retirarlo! El empeño era, sin duda, muy superior a sus fuerzas. Pero ellas siguen caminando.

Aunque no saben a ciencia cierta cómo se resolverá el problema, están persuadidas de que alcanzarán su objetivo. Se preguntan *quién* les ayudará; pero en ningún momento dudan de que lo conseguirán. Continúan adelante, perseveran en su marcha, porque les anima la esperanza, que es la virtud del caminante y constituye la principal, quizá, entre las claves de cualquier iniciativa humana.

En efecto, nuestra existencia entera se articula como un entramado de sucesivas espe-

ranzas. El estudiante se levanta a las siete menos veinte *para* encontrar libre el cuarto de baño. Solo aseándose a esa hora, podrá tomar el tren de las siete y media. Debe hacerlo así *para* llegar a la clase práctica de laboratorio. Le interesa no perderla, pues asistir a todas las prácticas es requisito indispensable *para* aprobar la Química. Esta disciplina quizá no le atraiga demasiado, pero necesita superarla *si quiere* ser veterinario... La serie no puede prolongarse hasta el infinito. Antes o después tiene que haber una meta que se busca de modo absoluto, no como simple trámite para conseguir otra ulterior: si faltara ese objetivo último, que solemos llamar “felicidad”, todos los intermedios perderían su fuerza.

Actuar así, por esperanza, es condición común a los humanos. Ahora bien, en materia de felicidad los creyentes tenemos, sobre quienes no lo son, un par de ventajas. (Quizá aventajamos también a las santas mujeres, que confiaban en llegar solo hasta un cadáver; y sin demasiado fundamento, pues parecían desconocer la presencia de guardias junto al sepulcro).

En primer lugar, no perseguimos un fantasma etéreo que se aleja de nosotros a cada paso. Sabemos que la felicidad no es un ideal abstracto, sino que reside en un Ser concreto, vivo y personal, Dios, cuya posesión tiene un nombre: cielo.

Por otro lado, tampoco alimentamos un simple deseo, de incierta realización. Esto lo

explica muy bien el P. Reggio: *«Existe realmente una notable diferencia entre esperar una cosa o solo tener esperanzas en ella. Veámoslo. Usted pasea por el andén de una estación y se encuentra con un amigo sentado en un banco. Al preguntarle qué es lo que allí hace, él responde que espera el tren, y no que tiene la esperanza de cogerlo, pues la llegada del tren a una hora determinada está para su amigo fuera de duda. Está seguro de que el tren llegará y de que lo cogerá. Por el contrario, tal vez le diga a usted que tiene la esperanza de disfrutar de buen tiempo durante su viaje, pues el buen tiempo, a pesar de todos los servicios meteorológicos, es algo de lo que no se puede estar seguro. El que espera está seguro; el que tiene esperanzas no lo está totalmente. Esta es la razón de que el Credo y santo Tomás hablen de espera y no de esperanzas al referirse a la esperanza cristiana, pues esta es mucho más una espera que una esperanza»*¹.

Antes de considerar todo esto por menudo, conviene salir al paso de los comentarios que suelen formular algunos contemporáneos en cuanto se les menciona el cielo.

Hace años alcanzó en España cierto éxito un libro, en que cien personas conocidas –deportistas, políticos, artistas...– manifestaban su parecer sobre diversas cuestiones de tipo

¹ PIUS-AIMONE REGGIO, O.P., *¿Por qué la alegría?*, 3ª edición, Ed. Rialp, Madrid 1989, p. 59. La misma terminología utiliza el embolismo litúrgico del Padrenuestro, cuando asegura que esperamos –«expectantes», en el sentido de aguardar– «la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo».

religioso. Una de las preguntas se refería, precisamente, al cielo y al infierno.

Es difícil calibrar el grado de sinceridad con que la gente desvela en público su propia intimidad; y quizá muchos de los entrevistados se limitaban a tejer unas frases más o menos ingeniosas, para sentar plaza de intelectuales. El caso es que varios venían a coincidir en un comentario, formulado más o menos como sigue: «A mí eso del cielo y el infierno me resulta infantil: me recuerda los premios y castigos del colegio. Además, pienso que se trata de un planteamiento egoísta de la religión. Prefiero el amor». Sus palabras encerraban dos acusaciones. Una, de infantilismo; de miras egoístas, la otra. Ambas merecen ser tomadas en consideración.

Un tesoro que transforma la vida

La primera objeción, la de *infantilismo*, no tiene mucha substancia. Según queda dicho, todo quehacer humano se construye sobre una estructura de esperanzas. Si el padre de familia mete a los suyos en el coche, aguanta los atascos del tráfico y desafía los peligros de la carretera, es porque cuenta con llegar a la playa. Solo la convicción de que se aliviará su dolor explica la cola de pacientes que han perdido permiso en su oficina y ahora guardan turno en el recibidor del dentista. Si no supiera que el estanco está abierto y que tiene a

mi disposición existencias de tabaco, no me movería de mi butaca en una tarde lluviosa. Y así sucesivamente.

Quizá eso sea infantilismo. Pero, en tal caso, la denuncia resulta trivial. Solo significa que, nos guste o no, todos somos unos niños. ¡Ojalá lo fuésemos! Porque aquellos acusadores, tan adultos, tienen mucha más razón de la que imaginan: cielo e infancia no se pueden separar. Fue Jesús mismo quien, tratando precisamente del asunto que nos ocupa –de la bienaventuranza eterna–, dejó bien claro que, *«si no os volviereis y os hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los cielos»* (Mt 18, 3).

Más aún, describió la existencia humana, transfigurada por la esperanza del Reino, como un juego infantil: el de la búsqueda del tesoro. *«Es semejante –asegura– el reino de los cielos a un tesoro escondido en un campo, que quien lo encuentra lo oculta y, lleno de alegría, va, vende cuanto tiene y compra aquel campo»* (Mt 13, 44).

Vale la pena imaginar la vida del afortunado con anterioridad al descubrimiento. No parece arriesgado suponerlo un asalariado, jornalero en aquella finca: de otro modo, no se comprendería que pudiera encontrar nada oculto bajo el suelo de un predio ajeno.

Hasta el día del hallazgo, su existencia debía de ser un tanto penosa: llena, sí, de trabajo, pero sin encanto ni perspectivas. Saludaría cada mañana tal vez con una maldición. «¡Otro día: como ayer, como anteayer, como

mañana...!»). Un lavado superficial y, con los ojos todavía somnolientos, marcharía camino del tajo. Algunos monosílabos –no estaba para muchas bromas– constituían todo su saludo a los compañeros de labor, taciturnos también ellos y con cara de pocos amigos. Si alguien le preguntara por qué labraba aquellas tierras, respondería: «Nadie me pidió permiso para traerme a este mundo, ni me dieron a elegir familia en la que nacer. Mi padre fue bracero en esta hacienda y en ella brego yo».

No se excedería en su trabajo: total, ¿qué más le daba que la cosecha fuera generosa o menguada? En cualquier caso percibiría idéntico jornal. Si el capataz se ausentaba o distraía, los obreros tomarían un respiro en su labor: la prosperidad del cortijo no iba con ellos. El balance de su jornada se resumiría en pocas palabras: «¡Un día más!» o «¡Un día menos!», según el grado de hastío.

Esa era su vida, hasta que un buen día –el mejor de todos–, como describe Moschner², mientras trabajaba *«de pronto choca su herramienta con un cuerpo duro. Tal vez sea una gran piedra sobre la cual se extiende la tierra de labor; un verdadero obstáculo, que es necesario sacar para poder seguir trabajando. Profundiza más y más, y pronto observa con asombro que el cuerpo duro tiene una forma simétrica y regular. ¿Una caja de piedra? ¿Una vasija de barro? Na-*

² MOSCHNER, F. M., *Las parábolas del reino de los cielos*, Ed. Rialp, Madrid 1957, p. 104.

turalmente un tesoro no se coloca en la tierra sin algo que lo proteja y ofrezca garantías de seguridad. El hombre, que ya se siente inquieto, dirige una mirada atenta y detenida y se da cuenta de lo que tiene ante sí; contempla el brillo» que centellea en el interior del recipiente, y un escalofrío recorre su espalda: brillantes, rubíes, zafiros, perlas y esmeraldas titilan en silencio al contacto con los rayos del sol, tanto tiempo vedado. Pero no es posible detenerse mucho a contemplar el prodigio. Jesús explica que *«quien lo encuentra lo oculta»*, cabe suponer que tras echar una cautelosa mirada en torno a sí para comprobar que nadie presencié la feliz escena.

El hallazgo ha transformado la vida de nuestro hombre. Todo su quehacer queda iluminado. En lo sucesivo ya sabe por qué trabaja. El Evangelio dice que, *«lleno de alegría, va y vende cuanto tiene»* para comprar aquel campo. A buen seguro, la fortuna del bracero no era suficiente para pagar la finca: si sus ahorros bastasen para convertirlo en terrateniente, resultaría extraño que hubiera permanecido como simple peón. A la liquidación de sus bienes tendrá que sumar otros ingresos extraordinarios. Por eso, habla con el patrono: a partir de ahora no quiere cobrar un salario fijo, sino trabajar a destajo.

Sus compañeros no comprenden qué le ocurre. ¿De dónde le vendrán tan repentinas ambiciones económicas, si sus necesidades ya están cubiertas con el cómodo jornal estable-

cido? Más todavía les sorprende su disposición entusiasta. La maldición con que saludaba el amanecer se ha convertido en una acción de gracias. Parecería pasar las noches espionando la aurora. En efecto, es así: por fin, ¡otro día!, ¡otro paso hacia el tesoro! Mientras todos se arrastran silenciosos al trabajo, nuestro amigo marcha sonriente y repartiendo saludos y bromas. Ya no aprovecha, para holgar, los descuidos del capataz: aunque los otros seesteen, él se afana con ilusión. Y, cuando todos dan de mano a la labor, permanece allí, hasta que la oscuridad le impide seguir en la brecha. En estas horas de brega solitaria tal vez hace una escapada, para comprobar que su hallazgo permanece donde estaba. Al regresar de noche a casa, bendice nuevamente a Dios: hoy está más cerca que ayer de la fortuna escondida.

El tesoro, en efecto, sigue escondido para los demás, que no se explican un celo tan desmedido. La jornada de nuestro amigo a primera vista es la misma de antes. Pero él sabe que no es así. Ya no es una especie de esclavo, condenado a una tarea inevitable, repetitiva y aburrida. Cada instante ofrece para él fulgores nuevos, que solo un enamorado podría comprender.

Las palabras de la imagen evangélica –solo es una imagen– mencionan orzas con diamantes. Pero el Señor, en su parábola, está hablando de amores. Y todo el que ha pasado por este achaque amoroso sabe lo que signi-

fica ver más allá que el resto de las gentes. Para una criatura enamorada, la calle que a otros no dice nada tiene un valor entrañable: por allí paseó con el ser querido y en aquel café gastaron juntos tantos momentos de felicidad. La música que llega de una ventana, que para los demás solo es una tonadilla casi apagada, suscita en quien ama un torbellino de gratos recuerdos: ¡cuántas veces habrá escuchado esos acordes acompañado por su amor! El escaparate de chucherías le sugiere un regalo que tal vez guste al amado; y la fatiga del trabajo representa la posibilidad de construir con seguridad una familia; y las ropas que lleva aquel transeúnte son iguales a... El amor no solo enciende las horas de compañía: la vida entera, hasta en sus detalles más triviales, adquiere un brillo secreto.

Esperar es amar

Pero esto alude ya al segundo cargo que formulaban los objetores del cielo: achacaban a la esperanza vestigios de *egoísmo*. Su reproche, al menos a primera vista, presenta cierta envidia..., siempre que no se esgrima con pretensiones de originalidad. No es, ciertamente, una idea novedosa.

En la literatura espiritual constituye un lugar común fomentar y acentuar los motivos de amor, frente a la pura búsqueda de premios. A todos nos hicieron aprender, de pe-

queños, el viejo soneto que algunos atribuyen a santa Teresa de Jesús:

*«No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido [...] Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que, aunque no hubiera cielo, yo te amara [...] No me tienes que dar porque te quiera, pues, aunque lo que espero no esperara, lo mismo que te quiero te quisiera».*

Lo aprendimos de pequeños, y nos viene bien recordarlo de mayores. Pero no debemos entenderlo como si contrapusiera el amor a la esperanza. De hecho, todos los santos –incluida, claro está, la propia Teresa de Jesús– han adoptado como lema personal las aspiraciones sugeridas por el mismo Dios en la Escritura: *«Una cosa pido a Yavé, y esa procuro: habitar en la casa de Yavé todos los días de mi vida [...]. De tu parte me dice el corazón “Buscad mi rostro” y yo, Yavé, tu rostro buscaré»* (Sal 26, 4.8). Los santos nunca han temido incurrir en incoherencia cuando aconsejaban: *«Hazlo todo con desinterés, por puro Amor, como si no hubiera premio ni castigo. –Pero fomenta en tu corazón la gloriosa esperanza del cielo»*³.

Únicamente puede ver contradicción entre amor y esperanza quien, por no amar, ignore que la esperanza solo es una de las dos moda-

³ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 668.

lidades que, ineludiblemente, reviste el amor. Esta noción –amor– significa un afecto positivo, abstrayendo de la situación del amante respecto al amado: de si lo posee ya o todavía no. Pero los amores reales no pueden ser abstractos. Quien ama se halla, por fuerza, en una de esas dos tesituras. Cuando disfrute ya del amado, su afecto se llamará «gozo». Mientras tanto, el nombre propio de su amor es «esperanza»: el amor del caminante. Tanto el que goza como el que espera, los dos aman.

Para ilustrar este sentido amoroso de la esperanza, basta con evocar un encantador episodio de la vida de Jacob, que refieren las Escrituras.

Huyendo de su hermano Esaú, el patriarca recala en casa de un pariente materno llamado Labán. El Génesis (26, 16ss) explica que «*tenía Labán dos hijas: una, la mayor, de nombre Lía; otra, la menor, de nombre Raquel*». Sin entrar en demasiados pormenores, apunta el libro sagrado algunas de sus respectivas cualidades: «*Lía, es decir la mayor, era tierna de ojos*». Conviene puntualizar que, con esto, no describe una prenda positiva. La ternura de ojos de Lía no significaba una mirada entrañable, sino más bien un defecto. Algún comentarista interpreta que, tal vez por un mal drenaje del conducto lagrimal, los ojos de la pobre muchacha se mostraban acuosos, es decir, «*tiernos*» (en el sentido de blandos o inconsistentes). Hay versiones que traducen la frase con otro alcance, peyorativo también:

«Lía era de ojos tristes». En cualquier caso, fueran sus ojos acuosos o tristes, se trataba de una tara. Bien claro lo deja la conjunción adversativa –equivalente a «en cambio»– con que la Biblia contrapone su porte al de la hermana pequeña: *«pero Raquel era muy esbelta y hermosa»*.

Se comprende que, estando así las cosas, *«amaba Jacob a Raquel»*, esto es, a la esbelta y hermosa. Tan intenso era su cariño, que *«dijo a Labán: Te serviré siete años por Raquel, tu hija menor»*. Al pariente no le pareció mal el trato: *«Mejor es que te la dé a ti que no a un extraño. Quédate conmigo»*. Lo conmovedor viene ahora: *«Y sirvió Jacob por Raquel siete años, que le parecieron solo unos días, por el amor que le tenía»*. Esta sencilla frase vale por un tratado acerca del amor, en su versión de esperanza.

¡Siete años, que le parecieron unos días!, pese a que, objetivamente, no fueron años en absoluto cómodos: Labán era un ventajista que explotó descaradamente a su sobrino. Llegará un día en que Jacob le echará en cara lo que hubo de pasar: *«Tus ovejas y tus cabras no abortaron (cuando alguna cría se malograba, ¡era del rebañito personal de Jacob!). [...] Lo destrozado, por las fieras, no te lo llevaba, la pérdida iba a cuenta mía. Me reclamabas lo que me robaban de día y lo que robaban de noche. He vivido devorado por el calor del día y por el frío de la noche, y huía de mis ojos*

el sueño [...] y me has mudado diez veces el salario» (Gn 31, 38-41).

Al cabo de los siete años en estas condiciones, quedó Jacob derrengado, hasta el extremo de no advertir la estafa que le prepararon: su desaprensivo tío aprovechó que la novia iba velada, durante la ceremonia nupcial, para colocarle a Lía (o sea, la «tierna de ojos»).

Cuando, al día siguiente, el Patriarca descubrió el cambiazo, protestó airado, en términos, casi seguro, más gruesos que los transcritos por el autor sagrado: «¿Por qué me has hecho esto? ¿No te he servido por Raquel? ¿Por qué me has engañado?». El suegro trata de justificar su fraude: «No es en nuestro lugar costumbre dar la menor antes que la mayor». Por muy tiernos que fueran los ojos de la pobre Lía, resultaba un poco brutal el comentario a pie de página que figuraba en una conocida versión castellana de la Biblia: «Sin duda que esto es una excusa de Labán, que pretendía colocar la mercancía averiada antes que la buena». La joven no era, ciertamente, demasiado agraciada; pero llamarla «mercancía averiada» suena excesivo. Parece, además, que sí era praxis normal casar las hijas por orden de edades.

En cualquier caso, el ofrecimiento que hace Labán denota su calaña moral: «... Te daré también después la otra por el servicio que me prestes de otros siete años». De la misma, coloca las dos hijas y tiene un criado. Pero el

Patriarca quería tanto a Raquel, que sin dudarle *«sirvió por ella otros siete años»*. ¡Catorce años de trabajo esforzado! para conseguir la muchacha, cuya esbeltez y hermosura, en ese plazo, quizá se ajaron un tanto, pues los años no perdonan.

Habría que ser muy obtusos para calificar como egoísmo la esperanza de Jacob. Su historia constituye, por el contrario, un paradigma de amor. Precisamente porque quiere generosamente a Raquel, persevera todos esos años, que no se le hacen largos: *«le parecieron solo unos días, por el amor que le tenía»*. La esperanza de Jacob es el amor que convierte su existencia en una feliz aventura, digna de ser vivida.

Eso exactamente, una empresa maravillosa, es nuestra vida cristiana cuando está vertebrada por la esperanza, por el amor del caminante. *«Los que se quieren –solía decir san Josemaría Escrivá– procuran verse. Los enamorados solo tienen ojos para su amor. ¿No es lógico que sea así? El corazón humano siente esos imperativos. Mentiría si negase que me mueve tanto el afán de contemplar la faz de Jesucristo. Vultum tuum, Domine, requiram, buscaré, Señor tu rostro. Me ilusiona cerrar los ojos, y pensar que llegará el momento, cuando Dios quiera, en que podré verle, no como en un espejo, y bajo imágenes oscuras... sino cara a cara»*.

Entendámonos. La esperanza no es un recurso psicológico: no se avala porque ilumine

nuestra existencia, porque haga llevaderos sus sinsabores. Constituiría un engaño decir o pensar: «aunque el cielo no sea para tanto, o aunque yo no lo alcance, su esperanza, por lo menos, me alegra la vida». Se trataría de una falacia, de un analgésico que anestesia sin curar. La realidad es, cabalmente, la inversa: porque nuestra meta es cierta y su consecución segura, es por lo que nuestros días merecen ser vividos, aunque a veces no lo advirtamos. Por eso nuestra esperanza es muy superior a la de Jacob o a la del hombre que descubrió un tesoro.

No peleamos por una belleza que se nos escamotea, como Raquel al Patriarca, cuando estamos a punto de alcanzarla; ni que, al final, descubrimos ajada por la usura del tiempo.

Tampoco nos afanamos, como el jornalero, por un tesoro de logro problemático, pendiente de que nuestros salarios consigan completar el capital preciso para pagar la finca.

Distinto, en parte, era el caso de las santas mujeres camino del sepulcro. Aunque no lo supieran ellas mismas, su esperanza iba mucho más allá y era mucho más sólida que sus expectativas conscientes. *«Podemos imaginar sus sentimientos [...]: una cierta tristeza, la pena porque Jesús les había dejado, había muerto, su historia había terminado. Ahora se*

volvía a la vida de antes»⁴. Ellas buscaban solo un cadáver y confiaban llegar hasta él, basadas en unas fuerzas ilusorias: las suyas propias, sumadas a las de algún transeúnte benévolo (que jamás aparecerá). Gracias a Dios, estaban equivocadas.

Cuando llegaron al monumento, «*vieron que la piedra de la entrada estaba removida; era muy grande*» (Mc 16, 4). San Mateo explica lo que había sucedido: «*Un ángel del Señor bajó del cielo y acercándose removió la piedra del sepulcro y se sentó sobre ella*» (Mt 28, 4). Ese mismo ángel y un compañero reprocharon a las mujeres la cortedad de su esperanza: «*¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí; ha resucitado*» (Lc 24, 5.6). No fueron los esfuerzos de las Marías y Salomé, ni las de hombre alguno, las que franquearon el monumento. Y el término de su caminar no desembocaba en un cadáver, sino en Cristo resucitado.

Lo mismo nos sucede a nosotros: «*si solo mirando a esta vida terrena tenemos la esperanza puesta en Cristo, somos los más miserables de los hombres*» (1 Co 15, 19), los más ilusos. Nuestras vidas desarrollan una epopeya fascinante, porque lo que esperamos merece realmente la pena. Y, aunque no seamos capaces de forjarnos una idea ni siquiera aproximada, es importante que lo consideremos despacio.

⁴ PAPA FRANCISCO, *Homilía en la Vigilia Pascual*, 30-III-2013.